



## CAPITULO XVI

---

Rumores de negociaciones de paz... ilusorias.—Bando-proclama del general Martínez Campos.—Obras públicas en Cuba.—Pesimismo y optimismo.—Buenos propósitos del Gobierno de Washington.—Nuevos desembarcos.—Manifiesto-proclama de Antonio Maceo.—Bando del *general* mulato.—Partida en Sancti-Spíritu.—Infame *canard*.—Protesta é indignación.—El hecho según informes de nuestros corresponsales.—Otro triunfo de nuestras armas.—Ataque al poblado del Cristo.—Salvagismo y ferocidad de los *mambises*.—Descarrilamiento de un tren.—Ataque al convoy.—Cruces y recompensas.

---



ON gran contento se recibieron en la Península, el día 6, noticias de negociaciones de paz... ilusorias.

Los optimismos alcanzaron en ese día un alza considerable en la opinión.

En el Congreso, en los círculos, en teatros, cafés y tertulias, en todas partes, se habló mucho en ese sentido.

Llegó á decirse que el general Martínez Campos había consultado al Gobierno algunos extremos de las negociaciones de paz propuestas por los filibusteros.

Con estas noticias relacionaban los optimistas la presentación de algunas partidas rebeldes á las autoridades de la isla y los insistentes rumores que circularon aquellos días referentes á la próxima terminación de la guerra.

En el Ministerio de Ultramar se dijo algo que podía traducirse en

sentido favorable para la acertada gestión del general Martínez Campos.

Asediado el Ministro por los periodistas, é interrogado acerca del fundamento de dichos rumores, contestó:

—Nada sé de negociaciones de paz. Me felicitaron todos en casa del señor Cánovas, y eran tan exagerados los optimismos que yo, francamente, he llegado á creer algo de lo que no sabía.

El Gobernador general de Cuba, enterado ya detalladamente del estado de la insurrección, había dirigido una proclama-bando á los rebeldes, en la que ofrecía amplio y completo indulto á todos los insurrectos que se sometiesen á las autoridades legítimas, exceptuando únicamente á los jefes de la insurrección.

En dicho bando advertía el general Martínez Campos, que los rebeldes presos serían castigados con todo el rigor de la ley.



GENERAL SALCEDO

Además, pedida autorización al Gobierno para realizar obras públicas en Cuba, con el doble fin de aliviar la miseria que alimentaba la insurrección y evitar que las gentes necesitadas fuesen á engrosar las filas de los separatistas, el Consejo de Ministros acordó autorizar la ejecución de dichas obras, si bien procurando que fueran de utilidad para la campaña que estaba realizando nuestro ejército.

La noticia de que el cabecilla Brú había llegado á París procedente del campo de la insurrección, fué muy comentada en sentido optimista, porque según se dijo, el conocido revolucionario se había decidido á abandonar el campo separatista en vista de la indisciplina que reinaba entre los insurrectos, causa suficiente para considerar perdida la causa que defendían. Persona que le conocía y habíale visitado y preguntado acerca de la marcha de la rebelión aseguró que el prestigioso separatista se mostraba completamente descorazonado.

Y advertían los optimistas al comentar la noticia:

«Hay que tener en cuenta que Brú es testigo de mayor excepción y su imparcialidad no puede ser sospechosa.»

La partida de este cabecilla se componía de ochenta infantes y algunos caballos: la gente tenía confianza ciega en su jefe, y no hay que dudar que, á no desistir Brú de su propósito por las desconfianzas que abrigara, seguramente que hubiera dado que sentir en esta guerra.

\* \* \*

Una observación oponían los pesimistas á los optimismos de su contrario bando; observación, por cierto, no destituida de fundamento.

Desde los comienzos de la presente guerra, que había podido comprobarse un cambio de táctica en los insurrectos. Estos, habían adoptado en la presente campaña una táctica distinta por completo de la empleada en la anterior guerra, como si abrigaran la creencia de que su antiguo método de guerrear fuese el culpable de sus fracasos de antaño.

Ya no eran pequeñas partidas las que formaban, sino que, organizándose en grupos de doscientos ó trescientos hombres, se reunían en momentos dados cuatro ó seis partidas para dar un golpe seguro, con-

siguiendo de este modo si no vencer, pues esto era imposible, sí al menos sorprender y hacer frente de momento á nuestras columnas, compuestas á lo sumo de doscientos ó trescientos hombres, y sostener el fuego durante algunos minutos para dispersarse luego y cansar á nuestros bravos soldados con una persecución inútil y fatigosa.

Aunque se atribuía, no sin motivo, que la concentración de grandes núcleos de fuerzas insurrectas al rededor de Santiago de Cuba, obedecía al propósito de llamar hacia allí la atención de nuestras columnas para facilitar la ida al Camagüey de Máximo Gómez, no cabía desconocer y era forzoso confesar, que la insurrección tenía á los dos meses de iniciado el movimiento insurreccional en la isla, más gente de la que tuvo en los más álgidos períodos de la pasada guerra de los diez años, como también, que en la actual, los insurrectos eran si no más diestros, sí más audaces, y estaban además, mejor dirigidos.

\*  
\* \* \*

A estas observaciones objetaban los optimistas que era muy posible que la distinta táctica adoptada por los separatistas en la presente campaña, obedeciera á pobreza de recursos, lo cual debía de anotarse.

—Más limitados los medios con que la insurrección cuenta—añadían los *pacistas*—sus jefes saben que tienen que ganar ó perder pronto, muy pronto, porque si la guerra continúa saben que han de ser vencidos.

La insurrección fué organizada muy extensamente y con toda prolijidad. Fracasada por múltiples causas, es ya toda ella un desconcierto, y si luchan desesperadamente en Santiago de Cuba, no es porque de allí se propongan pasar á otra provincia, sino por animar al resto de la isla para que los secunde, creídos de que si la insurrección se extendie-

ra por todo el territorio antillano, no podría ser dominada, desconociendo ¡ilusos! que en tres provincias no podrían subsistir por falta de montañas en que guarecerse y por carencia de medios de vida, y porque bloqueando la isla con buques que impidan los desembarcos de armas y municiones, á los dos meses de persecución tendrán que entregarse rendidos é indefensos y obligados por el hambre.



FORTÍN EN LAS CERCANÍAS DE NUEVITAS

En cuanto á la política adoptada por el ilustre general Campos, la confianza en que lograría la pacificación pronta de Cuba, fué unánime y absoluta, si bien no lo fué tanto con respeto á los medios que en el ánimo de todos estaba se proponía adoptar para lograrla.

Según unos, el general se había mostrado satisfecho de todo á su llegada á la Gran Antilla; según otros, no estaba muy complacido del espíritu de la opinión, y no faltó quien asegurase que le tenía caviloso cierta pasividad por él observada en determinados elementos políticos poco conforme con las circunstancias y los deberes de patriotismo.

Esperaban unos que acudiría á las concesiones para llegar pronto á la pacificación de la isla, y temieron otros ante este aserto y propósito del ilustre pacificador de la guerra de los diez años, que el pan de hoy fuese hambre para mañana, y que el remedio no proporcionase más que pasajero alivio al enfermo, pero no su radical curación.

Cuba padecía un cáncer que era preciso extirpar de raíz á fin de evitar que se reprodujera.

Otros opinaban que no acudiría más que á la guerra para traer la paz, y con esto temieron algunos que la guerra se prolongase y aniquilase paulatinamente las fuerzas vivas de España, y agotara las arcas del Tesoro español, dejando exhausto el erario, con perjuicio de los intereses peninsulares.

\* \* \*

Lo cierto, lo que se vió fué, que el general Martinez Campos acometía obras de verdadera importancia en la isla, salvando los escollos burocráticos para dar inmediato trabajo á los que lo necesitaban, restando con ello fuerzas y medios de vida á la insurrección, y que las tropas se movían en todas direcciones, no dando punto de reposo y teniendo sin sosiego á las partidas insurrectas.

Al efecto, dispuso que comenzaran enseguida las obras del ferrocarril de Puerto Príncipe á Santa Cruz del Sur; la prolongación del de Santa Cruz á Palma Soriano y del de Bayamo á Manzanillo; prolongar la línea de Placetas á Sancti Spíritus y continuar la de Cárdenas hasta Ciego de Avila, á fin de utilizar el ferrocarril de la trocha de Morón al Júcaro.

Estas previsoras y acertadas medidas del Gobernador y Capitán ge-

neral de Cuba, hicieron esperar que quitarían á la rebelión elementos de vida y darían al país una efectiva riqueza.

La organización de guerrillas utilizando licenciados del ejército y elementos del país, tomó mayores proporciones á la llegada del general Campos á la isla, prometiéndose de ellas el nuevo Gobernador general buenos resultados.

No obstante, se observó que de los poblados atacados una vez por los insurgentes huían los vecinos, á pesar de enviarse á ellos fuerzas para defenderlos y ponerlos á salvo de nuevos ataques.

\* \* \*

La grata acogida dispensada por el presidente de la República norte-americana, mister Cleveland, á nuestro ministro señor Dupuy de Lome, dió motivo á que se afirmase algo nuestra confianza en la amistad de los Estados Unidos, si bien el efecto que produjo en la opinión quedo algún tanto neutralizado por haber coincidido, por casualidad, con el hecho de haber publicado el *Herald* las opiniones de los señores Cánovas, Romero Robledo, Sagasta y otros respecto de Cuba y los propósitos de nuestro Gobierno, contrariadas por las de Gonzalo de Quesada, Benjamín Guerra y Carlos Manuel Céspedes, miembros de la Junta revolucionaria del partido separatista cubano, residente en Nueva York.

Este hecho y otros análogos hicieron temer que, no obstante el buen deseo de mister Cleveland y su gobierno, los laborantes seguirían preparando impunemente expediciones filibusteras utilizando el egoísmo mercantil de los *yankees*.

Durante aquellos días abandonaron la isla y marcharon á Cayo Hueso y Tampa, buen número de individuos de la Habana y sus alre-

dedores, engañados unos por supuestos éxitos de los insurrectos y llevados otros por la irreflexión de sus pocos años, pues se trataba de niños, verdaderos niños de 14 á 18 años, á quienes sus padres no habían autorizado para salir de la isla.

La prensa cubana trató el asunto, abogando una parte de ella, por que se exigieran pasaportes y se identificasen las personas, y la otra conceptuando ridícula esta medida propia tan solo de gobiernos absolutos, y con la que nada se evitaría.

Se habló mucho de dos *pailebots* vistos con mucha gente en la ensenada de Coloma (Pinar del Río), asegurándose que habían ido á desembarcar en Dayaniguas; pero nada pudo saberse de cierto, á pesar de las investigaciones hechas por las autoridades y fuerzas enviadas á practicar un reconocimiento por aquella costa.

Hablóse también, aunque con igual resultado, de un desembarco de gente y armas en la Caleta, al Este de Santiago de Cuba, por el río Baconao.



CORONEL DON JOSÉ XIMENEZ DE SANDOVAL

\* \* \*



Mientras aquí en la Península tomaba albergue en muchos pechos la risueña esperanza de ser pacificada en plazo breve la perla de nuestras Antillas, allá en la isla batían el cobre nuestros bravos soldados, tiñendo con su roja sangre unos, la flora antillana, y cayendo otros, para no levantarse más, al mortífero y fratricida plomo separatista, al propio tiempo que por ciudades y bohios, por la manigua y poblados, circulaba con gran profusión un manifiesto proclama del general en jefe de las fuerzas rebeldes, el mulato Maceo, que producía en el ánimo de los isleños gran sensación.

El manifiesto era leído y comentado con acaloramiento, aunque la opinión sensata del país condenase los planes del jefe separatista y la tenacidad con que expresaba querer sostener la guerra contra la madre patria.

Decía así el documento á que nos referimos:

«Españoles y cubanos:

Peninsulares que habéis servido al Gobierno sin recompensa alguna y sólo guiados por el acaloramiento de las pasiones, contad con el respeto á vuestras vidas y la seguridad de vuestros intereses, si permanecéis neutrales en esta guerra de independencia.

Cubanos que fuisteis impelidos por los opresores de Cuba á servir la causa de la tiranía española contra vuestros propios derechos é intereses, contad con el perdon de vuestras graves faltas y traiciones á la patria.

Haremos la independencia para todos. Los españoles tendrán libertad económica, y los cubanos serán dueños del porvenir de su patria.  
—A. Maceo.—Cuartel general en campaña, Abril 25 de 1895 »

\*  
\*  
\*

Aparte, y además de la transcrita proclama que tanto excitó los ánimos de los filibusteros, á la vez que levantó enérgica protesta en los buenos hijos de España, publicó también el general en jefe de los separatistas, un bando dictando severas órdenes á los suyos para el desenvolvimiento y ejecución fiel de su plan de campaña, y en el cual se leía el siguiente párrafo, que demuestra de una manera evidente é inconcusa el firme propósito del cabecilla mulato, de querer seguir la guerra á todo evento, durara lo que durase y costare lo que costase.

Dice así el párrafo de referencia:

«Queda terminantemente prohibida toda conferencia con el enemigo y autorizados los jefes de fuerzas cubanas para ahorcar, sin formación de causa, á todo emisario español ó cubano, que venga con proposiciones de paz.»

Añádase á todo lo que dejamos consignado la noticia plenamente confirmada de que entre Sancti-Spíritus y Trinidad se había presentado una partida de *doscientos* insurrectos, y se tendrá idea del alza que tuvo en la Península la nota pesimista.

Aparejada con esta desagradable noticia vino otra, que causó profunda y penosa impresión en la opinión, y fué objeto de muchos comentarios en los primeros momentos, aumentando en gran manera el número de los pesimistas.

Era tan inverosímil el suceso, que todo el mundo lo calificó de absurdo y de *canard* filibustero, protestando indignado de que se hubiera consentido su publicación, y censurando y calificando de mal español á quien lo había comunicado.

Y, en efecto; era tan inaudito el hecho, que estaba justificada la protesta y la indignación.

Se trataba de un caso no registrado aún en las páginas de [la historia militar de España.

Decía el telegrama á que aludimos, que un destacamento de nues-

tras tropas en un encuentro habido con dicha partida había rehuído el combate y se había retirado sin hacer frente al enemigo.

¿Era esto posible en nuestros bravos soldados?

¿Era siquiera verosímil en nuestro pundonoroso ejército y sus bizarros oficiales?

No, en manera alguna: sólo pensarlo era un insulto á nuestros hermanos; creerlo, hubiera sido una infamia, un vilipendio para nosotros mismos, una cobardía mayor que la del cobarde que había inventado el *canard* depresivo y en desprestigio de nuestra honra nacional... de nuestro valiente y pundonoroso ejército.

\* \* \*

Nosotros fuimos los primeros en protestar de tan ruín como infame aserto, y en convencer á los irreflexivos impresionistas que se lamentaban del triste suceso, de lo absurdo è inverosímil de la calumniosa noticia.

Pronto recibimos varios telegramas de nuestros corresponsales en la Habana y en el teatro de la guerra, dando detalles del hecho, que venían á confirmar nuestro juicio y á corroborar nuestras afirmaciones, haciendo justicia á la bien probada y nunca ni por nadie desmentida pundonorosidad de nuestro valiente ejército.

Atacadas de improviso nuestras tropas por quintuples fuerzas rebeldes, el digno oficial que mandaba la pequeña columna ordenó el ataque sin titubear ni un solo momento, ni medir las fuerzas del enemigo, antes al contrario, creciéndose al peligro, como hicieron siempre los defensores de nuestra bandera, embistieron con ímpetu y sin igual denuedo, con ese arrojo y peculiar valor, rayano en temerario y propio tan sólo del soldado español, hasta ver agotadas todas sus ener-

gías ante un enemigo cinco veces mayor en número y emboscado por añadidura.

El oficial y los soldados á sus órdenes pelearon, como pelean siempre los españoles, contra la feroz saña de los filibusteros; pero rendidos de cansancio, agoviados por el número, y agotadas sus municiones, se retiraron ordenadamente viendo lo inútil que resultaba la persistencia en combate tan desigual.

La conducta del bizarro oficial que mandaba dicha columna, y cuyo nombre sentimos no conocer para tener la honrosa satisfacción



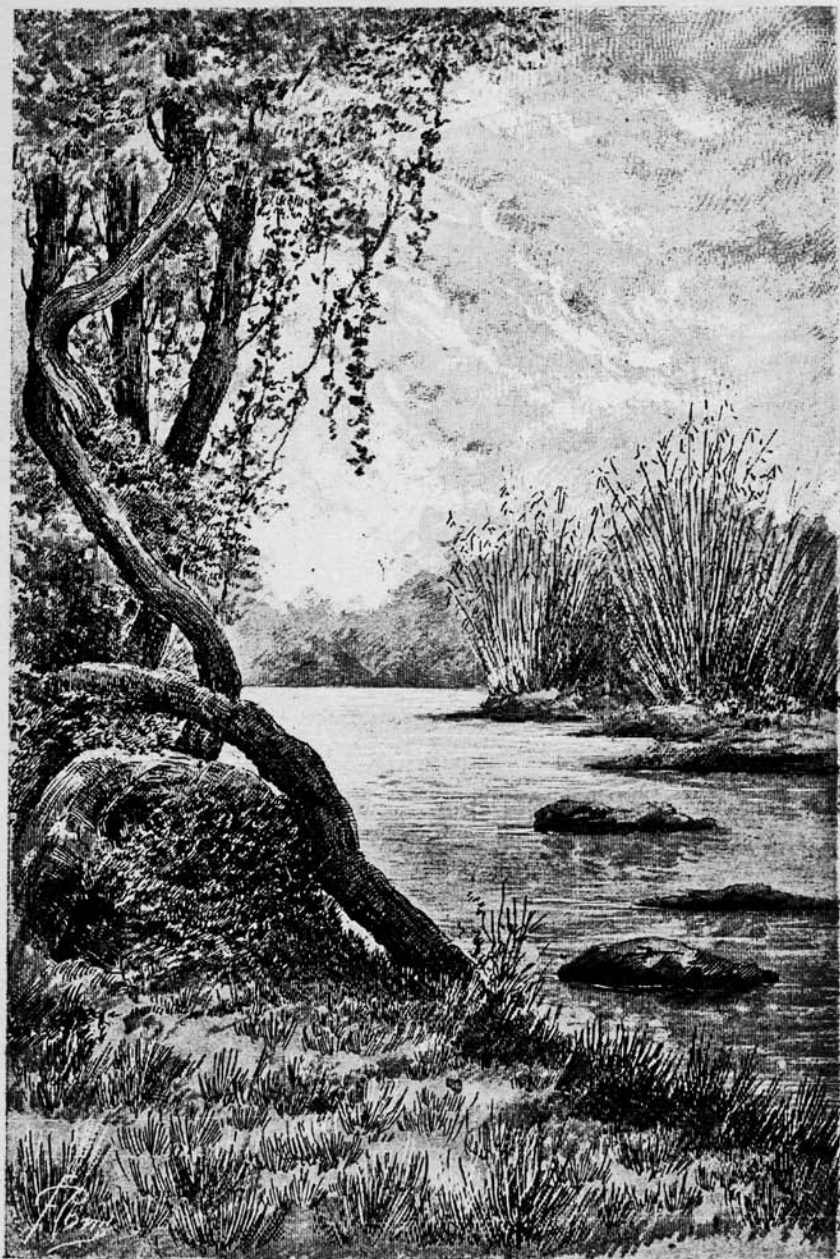
#### PARTIDA INSURRECTA DEL CABECILLA ZAYAS

de consignarlo aquí, no solamente no fué reprochada, sino aprobada y ensalzada por el general en jefe señor Martínez Campos.

¡Gloria y loor á la española infantería!



Reaccionada la opinión y calmados los ánimos de los impresionistas con la rectificación de la conducta de nuestras tropas, recibióse otro



RIO CAUTO (Manzanillo)

satisfactorio telegrama dando cuenta de haber salido de Matanzas en persecución de dicha partida una columna compuesta del primer batallón del regimiento de María Cristina con su guerrilla, y un escuadrón del regimiento de Pizarro.

Mandaba la columna el bizarro coronel de caballería don Calixto Ruiz, muy conocido en los círculos de Madrid, donde había estado de guarnición muchos años sirviendo en el regimiento de húsares de Pavía.

Nuestras tropas consiguieron dar alcance á los insurrectos casi en el mismo sitio donde se habían batido anteriormente, y allí, después de hora y media de fuego nutridísimo, consiguieron castigar la *hazaña* de los filibusteros dispersándolos y causándoles cuatro muertos, que dejaron sobre el terreno.

Los heridos que nuestros soldados vieron retirar al enemigo pasaron de quince, y no fueron más numerosas las bajas de éste, porque nuestra caballería no pudo maniobrar á causa de lo accidentado del terreno.

De otro modo, consignaba el despacho, la retirada hubiera costado á los rebeldes muchos hombres y mucha sangre, porque nuestros soldados lucharon como leones, animados por el deseo de vengar á sus compañeros de armas.

\* \* \*

Según un telegrama que el día 8 publicó el *Heraldo* de Nueva York, dirigido desde Santiago de Cuba por su corresponsal, y transmitido á la Península por la *Agencia Havas*, el mismo día que en Madrid se recibieron noticias de negociaciones de paz propuestas por los filibusteros y circularon rumores favorables á la próxima terminación de la guerra, el *general* Maceo, al frente de *mil doscientos* insurrectos

había atacado el poblado del Cristo, situado á pocas leguas de la capital de la provincia de Santiago de Cuba.

La noticia cayó como una bomba en el campo de los optimistas, y los del contrario bando se despacharon á su gusto comentando el telegrama y deduciendo de su contexto los más fatídicos augurios.

Los insurgentes no solo habían tomado la ofensiva atacando á nuestras columnas en la manigua, sino que su atrevimiento había llegado á bajar al llano y atacar poblados y descarrilar y detener trenes con tropas, á pocas leguas de la capital.

En efecto, según telegrama de nuestro corresponsal en Cuba, los insurgentes habían penetrado en el pueblo y quemado la tienda de un español pacífico; levantaron los rieles del ferrocarril é incendiaron un puente.

La guarnición, compuesta de cien españoles, había hecho una resistencia heroica coronada por el éxito, obligando á los insurrectos á retirarse.

Un tren que conducía trescientos españoles para reforzar la guarnición fué detenido por los rebeldes y la locomotora descarrilada. Sin embargo, éstos evacuaron el Cristo antes del amanecer.

El tráfico por el ferrocarril había sido suspendido y los vecinos del poblado se dirigían á pié á la ciudad.

\* \* \*

El hecho de que daba cuenta el periódico neoyorkino era, por desgracia, muy cierto, y de él se tuvo noticia detallada en la Habana el día 8 por la noche.

Según los comprobados informes de nuestros corresponsales en la capital de la Gran Antilla y en el teatro de la guerra la verdad de lo ocurrido fué lo siguiente:

Serían las diez de la noche del día 6 de Mayo, cuando los tranquilos habitantes de El Cristo, que en su mayoría se habían entregado ya al reposo y abandonándose en brazos de Morfeo, oyeron de improviso un nutrido fuego de fusilería hacia la estación del ferrocarril, donde se encontraba una guardia compuesta de veinte hombres de la primera compañía del primer batallón del regimiento de Cuba, al mando de un sargento.

Un grupo de ocho insurgentes á caballo había hecho fuego contra la estación férrea, siendo rechazado por nuestros soldados.

A las once fué invadido el poblado por numerosas fuerzas rebeldes y atacado por diferentes puntos el cuartel de la guardia civil, en cuya casa se encontraban con el capitán de caballería señor Lendines, ayudante del general Gascó, el primer teniente de la guardia civil don Manuel Molina, dos sargentos, un cabo y veintium guardias, y quince soldados del referido regimiento de Cuba.

A los primeros disparos, acudieron al cuartel en auxilio de sus defensores, el teniente del cuerpo de voluntarios don Mateo Alvarez y tres individuos del propio instituto, quienes sostuvieron el fuego con el enemigo y cooperaron á la brillante defensa de la casa-cuartel hasta que se retiraron los filibusteros.



Muy cerca de tres horas duró el ataque y la defensa de El Cristo.

Al fin, viendo el enemigo que sus planes se frustraban y que sus propósitos se estrellaban contra la tenaz resistencia y el valor y heroísmo de nuestros soldados, desistieron de su loca empresa, pues locura es pretender la rendición de un fuerte ó cuartel guarnecido ú ocupado por soldados españoles,—aunque estos sean un puñado de hom-



bres como en San Miguel de Nuevitas,—y comenzaron á retirarse. Pero, llevados de sus feroces y salvajes instintos y poseídos del coraje que les produjo la inesperada frustración de sus planes ante la imprevista y tenaz resistencia de un puñado de *patones*, como ellos nos llaman, desahogaron su rabia pegando fuego á la casa del conocido y honrado comerciante español don Esteban Gener.

También pretendieron incendiar la casa-cuartel atacada, por su



#### POBLADO DESTRUIDO

parte trasera, pero habiéndose percatado, á tiempo, de sus aviesas intenciones el capitán señor Lendines, acudió al frente de unos cuantos soldados á impedirlo, causándoles numerosas bajas.

Esto exacerbó la ferocidad de aquellos salvajes, que, dando rienda suelta á sus malvados instintos, convirtiéronse en fieras, y penetrando cual banda de vándalos en la casa propiedad de don Juan Hernandez, contigua á la de don Esteban Gener, maltrataron á la aterrada esposa de aquél, y pegando fuego á la casa y á los muebles hacinados en montón, arrojaron ¡oh bárbaros! á las llamas, á un inocente niño.

La pluma se resiste á pintar el cuadro de horror que presentaría

aquella desventurada madre y aquel inocente angel, sér de su sér, rodeados por aquellas furias del Averno que impávidos y con infernal sonrisa en sus gruesos labios, contemplaban impasibles y sordos á los angustiosos acentos de la infeliz madre y á los gritos de dolor del tierno niño, su obra de barbarie y salvagismo.

No hay léxico que contenga palabra que nos dé una idea exacta del dolor y la tortura de aquella infeliz, ni calificativo apropiado y aplicable á los bárbaros y cobardes asesinos del inocente infante.

Así mismo fué también incenciada otra casa de guano contigua á las anteriores.

En la primera de éstas encontróse luego el cadáver carbonizado de un negro insurrecto, que cayó allí á consecuencia de un disparo de Maüsser.

Al siguiente día vióse que la calle que daba acceso á la casa cuartel era una gran charca de roja sangre, y las casas del pueblo estaban en su inmensa mayoría acribilladas á balazos.

La partida se componía de unos dos mil doscientos hombres, en su mayoría de color, y estaba mandada por los hermanos Maceo, los cuales establecieron su cuartel en el alto del poblado donde se halla situada la iglesia.

Desde allí dirigieron el ataque y contemplaron impunemente é impasibles las fechorías y salvajadas de sus huestes.

El propósito del jefe mulato era apoderarse de la casa-cuartel de la guardia civil, donde había un buen depósito de municiones y armamento de los voluntarios.

Mas, no había contado ¡oh iluso! con el indómito valor y heroismo de nuestros soldados, que alentados valientemente por el bizarro capitán señor Lendines, supieron rechazarlos con verdadera heroicidad, después de causarles numerosas bajas, haciéndoles pagar cara su loca empresa.



El día anterior, sin duda con alguna noticia de los movimientos y propósitos del enemigo, salió de Santiago de Cuba un tren conduciendo tropas para reforzar la guarnición del poblado El Cristo.

Delante del tren-convoy partió una máquina exploradora en la cual iba el capitán de Estado mayor don Vicente Rojo y cuatro soldados del noveno batallón peninsular.

Al llegar la máquina á la estación de Domatos, el capitán dió aviso al jefe de las fuerzas que conducía el tren, de hallarse la vía libre.

Desde allí siguió el convoy á la máquina exploradora á una distancia de doscientos metros, pero á unos tres kilómetros antes de llegar á la estación férrea del poblado El Cristo, la locomotora descarriló á consecuencia de haber sido levantados algunos rieles de la vía y obstruida esta con traviesas.

En aquel momento, el capitán y los cuatro soldados que iban en la exploradora, viéronse atacados por una partida de insurrectos, pero ya el tren-convoy llegaba en su auxilio, y descendiendo de él las tropas repelieron la acometida del enemigo, obligándole á retirarse y causándole un muerto y tres heridos.

Nuestras fuerzas tuvieron que lamentar la sensible desgracia de que en la refriega resultase herido de bala en la cabeza y el cuello, el bizarro capitán señor Rojo, dos de los soldados que iban en la máquina exploradora y siete más del convoy.

Las ventanillas de los vagones fueron materialmente acribilladas á balazos por los insurgentes.

Las partidas que atacaron al tren-convoy, en el que iba uno de los hijos del general en jefe, señor Martínez Campos (don José) y el capi-

tán señor Primo de Rivera, eran las de los cabecillas Miró, Rabí y los hermanos Lora.

El convoy de nuestras tropas, después del combate sostenido en la vía y de haber rechazado la agresión y obligado á retirarse al enemigo, continuó su marcha hacia el poblado de El Cristo, donde aquella misma noche penetraron las fuerzas de los Maceo, con ánimo de apo-



TROZO DE LA COSTA DE MANZANILLO

rarse, como dejamos dicho, de las armas y municiones que había en la casa-cuartel de la guardia civil.

El maquinista y fogonero que conducían la máquina exploradora eran de la raza de color y los dos salieron heridos en el ataque. Ambos, no obstante hallarse heridos, se apoderaron de los fusiles de los dos soldados heridos también gravemente y sostuvieron con sereno valor el fuego con los rebeldes.

El general Martínez Campos, al tener noticia del suceso y de la patriótica conducta del maquinista y fogonero, dispuso que al momen-

to se les participase que al igual que á los soldados heridos, se les concedía la cruz roja pensionada del Mérito militar, en justo premio á su comportamiento.

Y el mismo general en jefe compró las cruces y las colocó á los pocos días en el pecho de aquellos valientes.

